

Por la periferia  
Andrés H. Rubiano  
Categoría 2 – Texto breve

All places that the eye of heaven visits,  
Are to a wise man ports and happy havens.  
Teach thy necessity to reason thus;  
There is no virtue like necessity.

Shakespeare, *Richard II*, Act 1, Scene 3

Tabiques de cartón reciclado recubren paredes y ventanas. Pequeños atisbos del mundo exterior se filtran en el recinto como luces que atraviesan las aberturas del cartón. Son luces insignificantes: los tabiques han oscurecido el espacio casi por completo y la iluminación interna de lámparas, bombillas y reflectores reducen estas luces a marcas secundarias del ambiente, puntos adventicios en las paredes, rastros distantes de astros en un cielo de cartón. La luz del sol se convierte, dentro del pequeño universo lúdico creado por Ícaro Zorbar, en un artificio más, en agujeros blancos, en otro indicio del fantasma.



Ícaro Zorbar, *Agujeros blancos*, 2019  
Fotos: MAMBO

No es la oscuridad lo único que envuelve el espacio. Diferentes sonidos acompañan los trebejos de tocadiscos, parlantes, *cassettes*, walkmans, motores eléctricos, proyectores, bafles, radios, televisores, amplificadores... Y hay uno en particular que resuena en los tres pisos del lugar: la lenta melodía de un mecanismo musical de manivela (*Bosque*, 2019). El sonido –narcótico, dulce y melancólico– cubre el recinto de cierta nostalgia.



Ícaro Zorbar, *Bosque*, 2019  
Fotos: MAMBO

La muestra, por fortuna, escapa de esa trampa. El juego no deja de estar presente. El edificio desde el inicio muta en un espacio ficticio, en una guarida de artilugios obsoletos que invitan casi siempre a jugar. Imágenes de una tempestad, de la misma serie de *Bosque*, le siguen al mecanismo musical y a su nostálgica melodía que recubre el espacio del museo. Pero justo después de la tormenta aparece la *Máquina de hacer truenos* (2019). Un aviso del artefacto invita a su activación, a hacer vibrar tiras de hilo caucho conectadas a bafles de madera y parlantes. Suenan los truenos. Se diluye la nostalgia.



Ícaro Zorbar, *Máquina de truenos*, 2019  
Fotos: MAMBO

La antigüedad de los aparatos, la inutilidad de los mecanismos, el uso del cartón reciclado como pared y refugio de esos improductivos dispositivos eléctricos son afirmaciones mordaces, incluso cómicas, contra la devoción a lo nuevo, a la tecnología del diseño perfecto, al consumismo. La muestra escapa de la nostalgia. La reutilización de artefactos eléctricos desechables y la reactivación de una tecnología arcaica son una propuesta desafiante. Aunque suenan boleros en *Nadie* (2005) y *Triángulo de oro* (2006), no es la nostalgia lo que se celebra en la muestra.



Ícaro Zorbar, *Luceros*, 2016  
Fotos: MAMBO

¿Qué se celebra? Los cables y las conexiones a la vista pueden ser indicios. La exhibición constante de los mecanismos internos, de las entrañas de las máquinas, parecieran apuntar a una apología al ensayo y el error. Las ‘instalaciones atendidas’, activaciones temporales de una pieza que por su fragilidad solo pueden hacerse con la presencia de un asistente, esconden ese componente de intentar y fracasar que está detrás de la reparación de objetos decadentes y creación de nuevos mecanismos. *Triángulo de oro* refleja ese elogio al ensayo y error, que refrena la nostalgia que pueda evocar la reutilización de objetos viejos y decadentes. Un vinilo intervenido se reproduce en un híbrido de tres tocadiscos obsoletos. Tres agujas de tres brazos del tocadiscos, ubicadas de manera equidistante, formando una especie de triángulo, hacen sonar el disco. El bolero *No me quieras tanto* del trío Los Panchos suena alargado, como con un eco, por el contacto con las tres agujas. La novedad del mecanismo, por su aspecto híbrido y por el sonido que produce, se pone en tensión con el aire obsoleto del tocadiscos y por el sonido melancólico y nostálgico característico del bolero. La extrañeza de la máquina, producto de la experimentación, del ensayo y el error, distorsiona lo nostálgico en la pieza.



Ícaro Zorbar, *Triángulo de oro*, 2006  
Fotos: MAMBO

La fascinación por los objetos obsoletos está en sus limitaciones. No es a pesar de ellas, sino gracias a ellas, que es posible la creación de nuevos mecanismos a partir de artefactos decadentes. Detrás del elogio al ensayo y error, plasmado en la experimentación con las máquinas, se vislumbra además una consigna que permea la muestra: hacer de la necesidad una virtud.

La transformación de los espacios del MAMBO, caracterizado por su arquitectura difícil, abundante de ventanas y atravesado por una escalera, sigue este camino. Como en la creación de una nueva máquina hecha de materiales obsoletos, la creación y ambientación del espacio parte aquí de lo que ofrece el edificio y se transforma de acuerdo a sus dictados. Como en un mecanismo, las piezas pequeñas y grandes se armonizan entre sí para el buen funcionamiento de la máquina. Las dificultades de la arquitectura del museo dieron lugar a soluciones armónicas para el engranaje de la gran máquina que es la exhibición. La abundancia de ventanas originó en el cubrimiento de paredes con tabiques ahuecados de cartón (*Agujeros blancos*, 2019) y en la generación de un ambiente oscuro y melancólico acorde con la decadencia de los artilugios. El ingenioso acceso a la sala de *Centrífugos* (2019) surge de las restricciones mismas del edificio. La abertura circular en una de sus paredes se convierte en la entrada a la sala a través de una rústica escalera de madera.

*Cascada* (2019), una instalación con una caneca metálica industrial, tierra, musgo y láminas galvanizadas, va a todas luces por esta línea. La caneca recibe una gotera que cae del cielo de cartón y, por medio de un sistema de sonido, el ruido de la caída de la gota en las láminas galvanizadas se amplifica. “El paso del tiempo, la gravedad; una gotera que parecía ser un problema”, se lee en una breve descripción de la instalación. La necesidad se convierte así en una virtud, una virtud en la que se armonizan las piezas grandes (el cielo de cartón, las paredes) y pequeñas (la caneca, los artefactos) en favor de todo mecanismo de la máquina (la exhibición).



Izquierda: Escalera a *Centrífugos*, 2019  
Derecha: Detalle de *Cascada*, 2019  
Fotos: MAMBO

Detrás de *Extrañando al fantasma* hay un llamado a la fascinación por experimentar y transformar lo que está a nuestro alcance. Los artilugios obsoletos e inútiles y el espacio ambientado para resguardarlos son instancias de una filosofía de la recursividad, una sabiduría que acepta y celebra nuestras limitaciones, que promulga visitar nuestros límites, a andar por nuestra periferia, y, desde allí, acercarnos al fantasma que nos mueve a explorar y transmutar el engranaje detrás de nuestras máquinas.